

El barrio de la Magdalena de Betanzos

Un típico caso de incuria y especulación

JUAN M^a GARCÍA OTERO*

Sumario

Sobre el proceso de degradación de un barrio antiguo de Betanzos, el de la Magdalena.

Abstract

On the process of deterioration of the ancient district of Magdalena, Betanzos.

La peor enfermedad que puede sufrir un pueblo es el olvido y la pérdida de esos dos esenciales ingredientes “intangibles” del patrimonio cultural: la memoria y los sentimientos.

Salvo raras excepciones, de los otros valores tangibles; el patrimonio construido y el natural, en una gran parte de los pueblos del mundo, o han sido modificados hasta extremos irreconocibles en los que de la realidad histórica sólo queda el vago recuerdo, o han sido destruidos total o parcialmente.

La identidad de las villas, pueblos y ciudades de todo el mundo, viene marcada fundamentalmente por las condiciones ambientales del lugar en el que se orientan y por las diversas gentes que a lo largo de los tiempos las han habitado. Cada nueva cultura trajo consigo la yuxtaposición a la anterior sobre la que siempre se produjeron cambios. Estos cambios fueron en ocasiones traumáticos, y en una buena parte de las veces asimilados poco a poco en el tiempo. Eso ha sido así a lo largo de la historia «hasta épocas recientes».

El haber vivido un largo período de tiempo (con frecuentes idas y venidas) fuera del entorno en donde has pasado una buena parte de tu vida, te permite observar mejor la propia identidad de tu ciudad, y de igual forma, las modificaciones que por lógica se producen, y que pasan más desapercibidas al residente habitual que permanece.

***Juan María García Otero**, natural de Betanzos, 1942 (63 años), estudio Peritaje Mercantil en la Escuela de Altos Estudios Mercantiles e Industriales de A Coruña. Desempeñó el cargo de Director para España de la Multinacional SICOF perteneciente al grupo francés ELF AQUITANE, primera empresa europea fabricante de sistemas y productos destinados a la conservación, restauración y rehabilitación del patrimonio Cultural. Conoció y participó a través de SICOF en algunas de las restauraciones más importantes de Europa, como El Louvre, la catedral de Colonia, La torre Eiffel, La catedral de Reims, entre otras. Fundó en el año 1994 la Revista *Restauración y Rehabilitación R&R*, de la que fue director y editor ininterrumpidamente hasta el mes de febrero del año 2004 con más de CIEN artículos de opinión y entrevistas publicadas. En el año 1999 fundó y dirigió la revista *Subastas de Arte*. Es autor, coautor, director y editor de libros como: *Ciudades españolas Patrimonio de la Humanidad*, *El Arte en el Camino (todos los estilos y monumentos del Camino Francés a Santiago)*, *Álvaro Siza (particular visión de la arquitectura)* “*La facultad de ciencias de la Información de Santiago de Compostela*”, con prólogo del premio Nobel de Literatura José Saramago. *Guía de las subastas de arte en España, ¿Quién es Quien? Guía de empresas del patrimonio Cultural de España*. En colaboración con la AECI (Agencia española de Cooperación Internacional) editó y dirigió tres libros sobre las escuelas taller en Ibero América, y los criterios de rehabilitación. Organizó en Madrid el primero y segundo congreso Ibero Americano del Patrimonio Cultural (Auditorio principal de Ifema) con más de cuatrocientos congresistas de todo el mundo y participantes de la talla de: Jorge Edwards y José Jiménez Lozano, ambos premio Cervantes. Fue miembro desde su creación del jurado de los Premios Reina Sofía del Patrimonio Cultural y de los tres primeros premios de la Fundación Gabarrón. Participó como ponente en decenas de conferencias en los Masteres sobre restauración y sobre su puesta en valor del patrimonio de las universidades de: Madrid (Complutense, Europea, CEU, Alcalá de Henares), Burgos, Valladolid, Badajoz, Canarias (Lanzarote), Salamanca, Sevilla, Catania (Italia). Fue el ideólogo y cofundador de la asociación de empresas de restauración de España ARESPA, que aglutina a más de cuarenta de las mejores empresas de Restauración y Rehabilitación de España. Es presidente y fundador de la asociación cultural sin ánimo de lucro SOS Apadrina un monumento.

Anuario Brigantino 2005, nº 28



Fotografía aérea reciente en donde se puede ver como las nuevas construcciones están devorando el barrio de la Magdalena, de gran interés histórico-artístico y ecológico.

El barrio de La Magdalena de Betanzos es sin duda un buen ejemplo de lo que quiero decir.

Situado extramuros de la ciudad y de espaldas a ella, en pleno antiguo camino real de A Coruña, este singular barrio, que fuera refugio y hábitat de enfermos leprosos, se ha ido modificado a lo largo del tiempo hasta convertirse hoy en un destacado referente de la incuria, la especulación, el abandono y, por supuesto, del absoluto desprecio por nuestro pasado histórico. En definitiva, el barrio de La Magdalena de Betanzos es un ejemplo claro de lo que nunca hay que hacer con la memoria de los pueblos y con la arquitectura popular.

Según estudios realizados por diversos expertos, el barrio de la Magdalena de Betanzos, fue en su tiempo un “lazareto” que contaba con capilla, cementerio, casa de lagar y leprosería u hospital, en donde se atendía a los enfermos, los cuales vivían en «casetas» (que modificadas aun permanecen) dispuestas a lo largo del citado antiguo camino real, a unos cuatrocientos



Erias®



Erias®

Vista de la Fábrica de Curtidos «La Magdalena», que ya existía en el s. XVIII y que fue adquirida y ampliada por D. Marcelino Etcheverría en 1837. Funcionó hasta la Primera Guerra Mundial (1914). Fue campo de concentración en la Guerra Civil de 1936 y en ella estuvo, entre tantos otros, Vicente Ferrer, el gran protector de los pobres en la India. El 27-II-1984 (fecha de la foto superior) se conservaba aun la techumbre y dependencias de la fábrica, pero luego se destruyó a conciencia, dejando sólo las paredes exteriores, con el objetivo más que probable de acelerar su ruína. En la foto inferior vemos, a la derecha, la Casa del Lagar del Hospital de Lazarados (aun está dentro uno) en estado ruinoso, y, a la izquierda, las nuevas construcciones invasoras.



Erias®

La capilla y casas a la entrada del barrio. Arriba, el 27-II-1984. Abajo, a finales de 1985 cuando ya faltaba la hermosa casa del balcón rojo.



Erias®

metros en dirección oeste de la puerta del Puente Nuevo.

Este breve trabajo no intenta abordar aspectos relacionados con la investigación histórica o el estudio en profundidad de este singular barrio. De lo único que aquí se trata, es de reflexionar sobre las razones, de por qué un conjunto arquitectónico como este, formado por una arquitectura popular, al tiempo que industrial, perfectamente definida (ruinas de una fábrica de curtidos del s. XVIII que fue así mismo estancia de presos de un campo de concentración en la Guerra Civil), puede, y de hecho llega a ser modificada tan brutalmente, que incluso pueda llegar a desaparecer en un tiempo relativamente muy corto.

Hace bastantes años, un buen amigo, catedrático, insigne historiador y académico, me dijo una frase que desde entonces ha permanecido grabada en mi mente, y que me sirve de guía para conocer la realidad de los pueblos y de sus gentes: “dime cómo conservas y restauras tu arquitectura, y te diré quien eres” (Pedro Navascués).

Hoy en España y a pesar de los últimos esfuerzos llevados a cabo, no existen unos criterios y unas políticas definidas sobre la conservación, la restauración y la puesta en valor de nuestro patrimonio cultural. Fundamentalmente, porque la palabra “criterio” es empleada la mayoría de las veces, sólo como “el libre albedrío del arquitecto, restaurador, conservador o político de turno”. De ahí los reinos de taifas que en materia de restauración y conservación jalonan por desgracia nuestro país.

Para mi, el verdadero sentido (referido en concreto a la conservación y restauración) de la palabra criterio, “es la norma para conocer la verdad, juicio o discernimiento”. A partir de aquí, hay que profundizar exhaustivamente en el conocimiento de las cosas sobre las que queremos intervenir y, sólo después de un amplio profundo y reflexivo estudio multidisciplinar, se podrá actuar con conocimiento y responsabilidad sobre el bien cultural. Cualquier otro sistema que se lleve a cabo, esta abocado desde su nacimiento al más rotundo de los fracasos.

Cuando en 1931 se firmó la Carta de Atenas, la cual por cierto recomendaba respetar la obra histórica y artística del pasado sin prescribir el estilo de ninguna época, ya se vislumbraba lo que podía ocurrir. Se recomendaba respetar cada etapa, sin destruir el bien cultural, para preservar la memoria histórica, por desgracia aquella recomendación asumida por casi todas las naciones fue papel mojado.

El actual estado de degradación del barrio de la Magdalena, me hace pensar que su desaparición al actual ritmo, se producirá, siendo muy optimistas, ¡antes de quince años!



Imagen espectacular de San Lázaro, santo apestado de este lazareto medieval que se encuentra en la capilla de la Magdalena.



Eriás®

Las «casetas» de los leprosos frente al viejo Camino Real. La leprosería data por lo menos del s. XIV y los enfermos se sustentaban de las limosnas de los caminantes. Arriba, el 27 de febrero de 1984. Abajo, a finales de 2005.



Eriás®

Comenzaba este artículo de opinión diciendo que, «los cambios fueron asimilándose a lo largo de la historia, salvo raras excepciones, sin traumas y bastante diluidos en el tiempo» y, finalizaba señalando: «hasta hace relativamente poco tiempo».

Viajando hacia atrás en el tiempo, el barrio de la Magdalena de Betanzos debió de sufrir su primera transformación importante, cuando a partir del segundo tercio de siglo diecinueve, la desamortización de Mendizábal y el pase de la propiedad eclesiástica a manos privadas (posiblemente a la misma familia desde entonces), sin duda debido a una mejor calidad de vida y como consecuencia lógica la desaparición o reducción drástica de los enfermos, hizo que las antiguas viviendas, fueran empleadas posiblemente, para acoger los nuevos empleados de la fábrica de curtidos, que los nuevos propietarios montaron, y que fue instalada en las inmediaciones del barrio (mi abuelo Andrés Otero Freire trabajo en ella a principios de siglo XX) y de la que todavía hoy pueden observarse sus restos (segunda transformación).

El cierre de la fábrica de curtidos, algunos años antes de nuestra guerra civil, no debió de afectar demasiado a las típicas construcciones, porque todavía hoy en el barrio de la Magdalena de Betanzos hay gente viva (Pepe Casanova) que recuerda la totalidad de las casas habitadas, y en general en un buen estado de conservación.

Fue a partir de los años posteriores a nuestra contienda, cuando se inició el pequeño-gran éxodo gallego de las familias del barrio (y de tantos y tantos otros barrios más de toda España) a ibero América, principalmente a Argentina y Uruguay, lo que hizo que muchas de las casas quedaran abandonadas (tercera transformación).

La cuarta y posiblemente la más traumática, llegó con la emigración a Europa a partir de los años cincuenta.

Desde entonces hasta nuestros días ya en pleno siglo XXI, la “modernidad” ha sido esa otra “lepra” que ha vuelto a carcomer nuestro patrimonio histórico y cultural, con la inestimable colaboración de otras tres grandes plagas atávicas: la incuria, la ignorancia y la especulación.

Uno en verdad se pregunta ¿por qué cuando existen leyes que obligan a sus propietarios a mantener y conservar sus propiedades (fundamentalmente cuando estas forman parte de un conjunto histórico o singular), y de igual forma, cuando esas mismas leyes facultan a las autoridades locales, provinciales y nacionales para obligar a los propietarios de los inmuebles a conservar sus patrimonios, uno se pregunta? ¿Por qué se permite que la ruina permanente sea el denominador común y el “derribo controlado” la actuación más preponderante de la mayoría de nuestros cascos históricos y de barrios como el de la Magdalena de Betanzos? ¿Por qué?

¿Tendrá algo que ver, el que los poderosos y conocidos propietarios puedan ser los mismos desde la desamortización de Mendizábal o de Madoz? ¿O que la exigencia y el cumplimiento de estas leyes son temas impopulares y restan votos? ¿Será acaso que, por parte de los responsables políticos desde hace muchos, muchos años se ignoren estas leyes que les permiten actuar para proteger ese bien cultural, o será, que ocultos factores espurios influyen en todo ello? ¿O, quizás será simplemente que la condición humana es así? Será.

Desde que la religiosidad actual de la humanidad es el consumo, y la característica principal de nuestro tiempo la transformación permanente, las ciudades, los pueblos y los entornos naturales han ido modificando su fisonomía a velocidades de vértigo. Hoy existe tal frenesí en el sector de la construcción, que hará que en muy poco tiempo, muchos

lugares que hoy conocemos como «singulares» o, pasen a engrosar la lista de destruidos o de perdidos. Para las generaciones futuras vagarán en el recuerdo como fantasmas de otra época y de otro tiempo. Algunos espurios historiadores de cada «país, nación o estado» nos contarán interesadas historias, y una vez más el perdedor será la verdad, la belleza, la cultura; en definitiva, la sociedad.

A nadie se le escapa que el ser humano siempre ha sido el mayor depredador sobre la faz de la tierra. Eso no es nuevo y, francamente, no abrigo la más mínima esperanza de que esto pueda cambiar hasta la total extinción de la especie. Lo que ha ocurrido en los últimos cuarenta años en nuestro patrimonio construido y natural, ha sido un proceso de deterioro igual o superior al llevado a cabo en los últimos ciento cincuenta años anteriores.

Los avances tecnológicos que hoy nos permiten una más larga y mejor calidad de vida, han dejado en un segundo plano la conservación de nuestros patrimonios naturales y construidos, al tiempo que un total abandono hacia la restauración y rehabilitación de los mismos. Sólo muy recientemente, algunas voces se están haciendo notar con ecos apagados de ignotos intereses, que no siempre llevan aparejado nombre y apellido, sobre la conveniencia de “transformar” nuestros centros históricos y lugares singulares (actualmente las bellas cartas de Galicia corren el peligro de una drástica transformación urbanística). Estos ecos intentan persuadir a la sociedad con grandilocuentes palabras, como «desarrollo», «empleo», «riqueza» y «modernidad». Pero eso no es lo peor. Lo peor de todo esto es que tienen la osadía de añadir al final de cada una de estas palabras el rimbombante calificativo de «sostenible».

La arquitectura popular -como la del barrio de la Magdalena de Betanzos- «es al propio tiempo una arquitectura de módulo familiar y de conjunto, y al no estar referida a una pauta cronológica basada en repertorios formales, no puede ser dividida en períodos estilísticos» (Carlos Flores).

Me gustaría recordar aquí algo que se olvida con mucha facilidad y es, que la arquitectura supone además de un producto cultural (aunque no existe nada nuevo bajo el sol, hoy en día la arquitectura de «autor» esta más que nunca de moda), una función de carácter social. De ahí que sea imprescindible la formación adecuada de arquitectos. Arquitectos perfectamente concienciados y documentados en la conservación y restauración del patrimonio construido y natural. Y de igual forma, es imprescindible llevar a cabo una concienciación en nuestras clases políticas, y en la sociedad en general. Todo esto sin olvidar, que es en la escuela primaria en donde primero se modela el carácter de las personas, y en donde se debería de enseñar a los niños la importancia y la trascendencia de conservar, amar y respetar nuestro patrimonio natural y construido. Sólo así será posible que cuando estos niños crezcan y se conviertan en adultos, sean ciudadanos capaces y conscientes de entender, que el patrimonio histórico y natural es «único», «irrepetible», y que se encuentra permanentemente en período de extinción. Cualquier patrimonio por menor que éste sea, es irremplazable.

Otra puntualización más antes de continuar: el patrimonio cultural no es una carga, sino más bien una riqueza. Lo que hay que hacer con el, es saber «ponerlo en valor», por supuesto racionalmente. La sobreexplotación de los recursos, y el patrimonio cultural lo es, acaba siempre en tragedia. Masificar para mí tiene un significado próximo a destruir.

En cuanto a la conservación y restauración, permítanme que les ponga un ejemplo: ¿Quién de ustedes si tiene que operarse de corazón permite que lo haga (con todos mis respetos) un médico recién licenciado en medicina general? Nadie en su sano juicio.



Juan M^o García Otero

Abril de 2006. Al fondo puede verse como las «casetas» del hospital de Lazarados se están destruyendo.

¿Quién osaría llevar a reparar un automóvil singular a un taller mecánico no especializado? Un irresponsable. Bueno, pues en temas de conservación, restauración y puesta en valor de nuestro patrimonio histórico, esto ocurre muy a menudo en nuestra vieja piel de toro.

A cualquier arquitecto recién salido de la facultad le está permitido actuar en estos bienes, única y exclusivamente con su título recién sacado. Dicho de otra forma, cualquier técnico sin experiencia puede intervenir impunemente en el patrimonio histórico-artístico. Y qué decirles de los responsables políticos.

Para conservar y restaurar nuestro patrimonio arquitectónico no vale tener sólo buena voluntad. Para llevar a cabo con éxito estas labores son imprescindibles unos sólidos conocimientos, además de una fundamental pedagogía de la percepción. Sin estas bases, no se podrá ejercer sobre el bien cultural ningún tipo de actuación, y mucho menos un juicio crítico.

La restauración debe tener un carácter excepcional, su fin es conservar y revelar valores estéticos e históricos de un conjunto o de un monumento. Esta labor debe fundamentarse en el respeto hacia los elementos antiguos y las partes auténticas. Cuando finaliza el conocimiento y se inicia la hipótesis o el libre albedrío, ocurre el desastre. Deseo recordar aquí a los «creadores» que la imaginación es el principal enemigo del rigor histórico. Hay que restaurar fundamentalmente, porque no existen políticas de conservación y mantenimiento.

He querido dejar claro cuál es mi opinión al respecto, a costa de desviarme un poco del enunciado de este artículo porque, antes de cualquier intervención en un barrio como el de la Magdalena de Betanzos, es imprescindible un profundo estudio de un sólido equipo multidisciplinar. Aunque, qué quieren que les diga, soy muy pesimista y pienso que esta y otras muchas batallas están perdidas de antemano.

Desde hace algo más de veinte años que vengo ocupándome de temas como este, he visto modificar o desaparecer muchos barrios similares al de la Magdalena de Betanzos, y he visto crecer sobre sus cenizas, nuevos barrios en los que la «especulación», la

«modernidad» y el «desarrollismo» mal entendido, hacen que cuando uno llega a ellos, todo resulte extraño, sin señas de identidad propias que los defina. Uno podría estar en cualquier país o nación (perdonen, pero desde hace algún tiempo no tengo muy claros estos conceptos) de la Europa más cutre, sin darse verdadera cuenta de dónde uno se encuentra. Salvo contadas excepciones, lo que se construye o rehabilita hoy en día, próximo a los conjuntos históricos, tanto en Betanzos como en otros muchos lugares de nuestra vieja piel de toro, es una arquitectura vulgar y anodina sin ningún sello de identidad y calidad que la acredite y la integre en el conjunto. Son contados los lugares en los que las actuaciones son correctas. Se siguen poniendo dientes de oro o falsas gemas, por no citar el cartón piedra, en todas partes. Esto hasta cierto punto es comprensible, el homo sapiens siente deseos de inmortalidad y ansia de figurar en la posteridad al precio que sea. Entiendo que es muy difícil pasar de puntillas sobre el conjunto arquitectónico o su entorno sin dejar la propia impronta. Es muy difícil que la condición humana se abstenga de dejar «su marca de cantero» sobre el bien cultural en el que se actúa, la posteridad tiene que saberlo, tenemos que llenar nuestra particular redoma de ego. Hoy en día existen notables e insignes arquitectos que pregonan falazmente y sin pudor, que la libertad de diseño o creación está por encima de toda condición. Bueno, siempre ha habido “iconoplastas” (*sic.*) en todas las épocas de la historia. Hoy no podía ser menos.

Para terminar, al tiempo que les recuerdo que en todas las ciudades de España existen barrios como el de la Magdalena de Betanzos, permítanme que finalice con una frase que a pesar de no ser mía, me hubiera gustado que lo fuera,

Un pueblo que permite que se destruya su pasado, desprecia su futuro y envilece su presente

BIBLIOGRAFÍA

ARES FARALDO, Manuel, 1984, «Apuntes sobre el Barrio de la Magdalena hace dos siglos». *Anuario Brigantino* 1983, nº 6, p. 39-42.

-1987, «Item más sobre el Barrio de la Magdalena». *Anuario Brigantino* 1986, nº 9, p. 37-38.

VEIGA FERREIRA, Xosé María; Carlos M. FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, 1993, «La fiesta de la Magdalena: ¿la más antigua de nuestra ciudad?». *Anuario Brigantino* 1992, nº 15, p. 295-296.

CARRO OTERO, José; Carlos M. Fernández. Fernández; Rosalía GARCÍA Cortés, 1988, «Reedificación, en 1798, de la capilla del antiguo «Hospital de Lazarados», extramuros de la ciudad de Betanzos». *Anuario Brigantino* 1987, nº 10, p. 51-70.

FUENTE, Vicente de la, 2005, «Un recluso en Betanzos, llamado Vicente Ferrer». *Anuario Brigantino* 2004, nº 27, p. 383-392.



Ertas®